

La fiesta del Intip: Tres crónicas

Oscar Montero-López
University of California, Berkeley

Con todo afecto y gratitud dedico este ensayo a la memoria del profesor José Durand, gran peruano, gran hispanoamericano, y, sobre todo, gran amigo.

Para el lector promedio o el estudioso profesional, resulta difícil distinguir entre el prejuicio personal y la observación desinteresada al enfrentarse con las crónicas peruanas del tardío siglo XVI y principios del XVII. Al contrario, cada una de las obras que pertenece a este grupo tan limitado parece estar escrita con una meta específica prevista por su autor. Quedan consignados al pasado los diarios escuetos de los soldados Jerez y Estete para ser reemplazados por las crónicas de varios escritores, quienes ya de antemano tienen una clarísima idea de lo que quieren decir y de los hechos que quieren destacar. No obstante, el problema de la lectura de las crónicas de dicha época radica en el hecho de que a diferencia de sus precursoras—obras en donde principalmente se recuentan o ensalzan los hechos de los conquistadores originales del Perú y los excesos de una guerra civil—los autores de éstas escriben sobre sucesos de los cuales no han sido necesariamente testigos. La historia prehispánica tiende en particular a transformarse en manos de estos cronistas tardíos, con el fin de apoyar una ideología o teoría. Como dice Aranibar, “La razón que movió al cronista para componer su relato equivale, a menudo, a una declaración de principios” (112). La naturaleza de estos principios, aun cuando estén declarados de manera implícita, queda especialmente bien perfilada al analizar la forma en que varios cronistas interpretan el significado de la fiesta incaica de Intip Raymi.

Aranibar sugiere en su artículo que el nivel cultural alcanzado por un cronista afectaba de manera profunda no solamente su estilo de prosa, sino también el manejo de los hechos que recopilaba:

El grado de cultura y la formación del cronista suelen ser arma de doble filo. Brota, a veces, más confiable la observación sencilla del relator y la transmisión del dato

escueto antes que la trabajada erudición que en muchos otros autores recubre y asfixia el dato. (111)

Queda evidente la tesis del historiador peruano al comparar las descripciones de la fiesta del Intip Raymi que se encuentran en *Fábulas y ritos de los Incas* de Cristóbal de Molina, la *Historia natural de las Indias* de José de Acosta, y *Los comentarios reales de los Incas* de Garcilaso de la Vega. Las tres versiones corresponden en varios detalles pero obviamente fueron escritas con intenciones diferentes. Dichas diferencias sobresalen aun más al considerar que todos los autores mencionados son católicos creyentes; tres hombres de fe religiosa se enfrentan a la idolatría de los habitantes originales del Perú y sacan conclusiones notablemente diversas.

El padre Cristóbal de Molina, llamado “el cuzqueño,” difiere mucho del jesuita Acosta y del Inca Garcilaso por su menor grado de educación. Means y Porras disienten sobre el lugar de nacimiento del párroco de la Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios,¹ pero concuerdan al aseverar ambos que era hombre de origen plebeyo; el inglés nos dice que por cumplir con su deber de sacerdote el padre Molina “received the miserable stipend of one hundred and fifty pesos per annum” (Means 396) y del mismo modo el investigador peruano se refiere a “la biografía humilde” del cronista (Porras 349). Sencillo pastor de sus feligreses quechuaparlantes, este cura seglar no pudo jamás adquirir la amplia cultura de la cual disfrutó José de Acosta como miembro de la Compañía de Jesús y como hombre encargado de asuntos importantes por parte de la Corona y de su orden; Molina fue contratado por el Virrey Toledo para informar sobre los festivales y la religión incaica mientras Acosta recopiló información de toda la América y sus habitantes, incluyendo un capítulo dedicado al mismo tema incaico dentro de una sección de su *Historia* referente a los cultos de todos los pueblos indígenas. Por lo tanto, el cura párroco Molina nos produce una obra sumamente especializada y el jesuita Acosta escribe un trabajo de investigación muy general. La *Relación de las Fábulas y ritos de los Incas* es una narración hecha por un profundo conocedor de la vida de una gente con quien compartió veintitrés años de su labor sacerdotal (Porras 350). La *Historia natural y moral de las Indias* es producto del estudio realizado por un hombre dotado de una asombrosa capacidad de síntesis intelectual y por esa misma razón mucho menos preocupado por el detalle. El Inca Garcilaso escribe con una meta

bastante diferente a cualquiera de estos dos, pues siendo poseedor de una cultura tan impresionante como la de Acosta, él esgrime su talento para salvarle el honor al patrimonio cultural del pueblo de su madre. Esto, claro está, le buscó enemigos que no estaban dispuestos a ver a los habitantes del nuevo continente como los veía Garcilaso, y quienes dudaron de su escrupulosidad, como indica Durand: "El don natural de Garcilaso para presentar vívidamente los hechos despertó, pues, inquietudes sobre una posible tendencia a fabular" (166).

En ninguna de las tres versiones de la fiesta Intip Raymi encontramos alguna indicación de invención, aunque ya queda dicho que sí tenemos varias diferencias textuales y una marcada diferencia de tono. Molina, Acosta y el Inca Garcilaso concuerdan con otros cronistas sobre la forma esencial del rito de este festival y también sobre el propósito de estas costumbres (Molina 24-5, n. 43). El Intip Raymi fue una fiesta solemne dedicada al sol, deidad principal de los incas, durante la cual se hacían sacrificios de carneros. Fue, además, la primera fecha importante del calendario religioso en el Perú prehispánico por celebrarse al principio del verano, aunque aquí los tres cronistas que estudiamos no están totalmente de acuerdo. Acosta y el Inca Garcilaso dicen que Intip Raymi correspondía al mes de junio mientras Molina lo sitúa en mayo. También, cada una de las tres versiones contiene una referencia a bailes rituales que forman parte de estas solemnidades estivales, Molina llamándolos *taqui* en su crónica. Los cronistas nos dicen que todo esto se llevaba a cabo para honrar al sol y en preparación para la cosecha anual; Molina y el Inca Garcilaso coinciden al decir que el año incaico comenzaba con los meses del verano.

Las diferencias textuales entre las crónicas estudiadas en cuanto al significado del Intip Raymi resultan mucho menos comunes que las similitudes. Estas diferencias, como ya queda sugerido, se pueden atribuir a las posiciones filosóficas de cada cronista. Molina se revela como el más difícil de caracterizar de los tres, precisamente por la ausencia de alguna meta identificable en el texto suyo. Como párroco de una iglesia cuya misión fue atender a los indios, paradójicamente vino a ser escritor en español por su conocimiento del quechua y de la cultura de los que hablaban ese idioma. El Virrey Toledo lo comisionó a componer *Las fábulas y ritos de los Incas* por estos conocimientos que había adquirido a través de su propia experiencia. El resultado de esta labor es una crónica objetiva y repleta

de detalles. Porras Barrenechea evalúa la obra de Molina de la siguiente manera:

El padre Molina es un cronista que inspira plena confianza. Su método es esencialmente objetivo, sin mezcla alguna de comentario, recuerdo o impresión personal. Se ignoran por completo los sentimientos del cronista. (353)

La versión del Intip Raymi que nos ofrece el párroco de los Remedios ilustra lo que Porras le atribuye, pues el autor se preocupa de modo muy particular por datos geográficos:

... y así uenian prosiguiendo el dicho sacrificio y en vn llano que esta junto a Ruru Cache haçfan el mismo sacrificio y en otro cerro llamado Cacha Uiracocha hacian lo mismo; y en otro cerro llamado Suntú junto a Sihuana, en otro çerro llamado Yacalla Huaca, y en otro llamado Uiraoma en Quiquijana en el llano della, y en Mollebamba haçfan lo mismo (Molina 29-30)

Nos cuenta Molina dónde ocurren los sacrificios de carneros y qué llevan puestos los carneros sacrificados; traduce algunas de las oraciones al sol del quechua al español; y hasta nos da una aproximación de la distancia entre el Cuzco y el cerro llamado Collapata. Todo lo incidental a la fiesta se incluye, pero como indica Porras, no recibimos idea de la reacción personal del cronista ante su tema. Sin embargo, se detiene Molina para dejar bien claro que:

... al sol le deçian que el siempre fuese moço y que saliesse alumbrando y resplandeciendo, no conociendolo por Haçedor sino por hechura del Haçedor y al trueno y relámpago diciendo que llouiesen para que uviese comidas; también conociendo que tronando y rrelampagueando llouía por mandado del Haçedor. (Molina 27)

Los elementos son entonces dioses del panteón incaico, pero son también creaciones de Pachayachachic el Hacedor. ¿Será este pasaje quizás una posible indicación de la actitud del cura Molina ante la antigua religión de sus feligreses? ¿Percibiría el sacerdote católico algún rasgo de Pachayachachic que le hiciera pensar en Dios el Creador?

Aun siendo sacerdote, José de Acosta registra una actitud muy diferente a la de Molina acerca de los ritos de Intip Raymi. En su *Historia natural y moral de las Indias* el jesuita nos presenta una versión muy abreviada de las ceremonias estivales descritas en *Las fábulas y ritos de los Incas*, que forma parte de un capítulo dedicado exclusivamente a las fiestas incaicas; este capítulo se incluye en el Libro V de la obra de Acosta, donde se estudian las prácticas religiosas de varias naciones americanas. En contraste con la objetividad del párroco cuzqueño, Acosta califica a toda idolatría como obra del diablo; así remite la siguiente interpretación de la «trinidad» incaica:

Y cierto es de notar que en su modo, el demonio haya también en la idolatría introducido trinidad, porque las tres estatuas del sol se intitulaban Apointi, Churiinti e Intiquaoqui, que quiere decir el padre y señor sol, el hijo sol, el hermano sol, y de la misma manera nombraban las tres estatuas del Chuquiilla, que es el dios que preside en la región del aire, donde truena, y llueve y nieva. (268)

Acosta establece un paralelo exacto entre la religión incaica y el cristianismo, pero enfatiza que la razón por la cual existe esta semejanza es la intervención del demonio:

Acuérdome que estando en Chuquisaca, me mostró un sacerdote honrado una información . . . en que había averiguado de cierta *guaca* o adoratorio donde los indios profesaban adorar a Tangatanga, que era un ídolo, que decían que en uno eran tres y en tres uno. Y admirándose aquel sacerdote de esto, creo que le dije que el demonio todo cuanto podía hurtar de la verdad para sus mentiras y engaños, lo hacía con aquella infernal y porfiada soberbia con que siempre apetece ser como Dios. (268)

Resulta interesante el hecho de que, a pesar de su genio científico indudable, el padre Acosta muestra ser un clérigo de su época en lo que se refiere a religiones que no fueran el catolicismo. Un poco después en el texto, al terminar su propia descripción del Intip Raymi, nota que la fiesta:

. . . cae cuasi al mismo tiempo que los cristianos hacemos la solemnidad del Corpus Christi, y que en algunas cosas tiene

apariencia de semejanza . . . Y por esta causa ha habido y hay hoy entre los indios que parecen celebrar nuestra solemne fiesta de Corpus Christi, mucha superstición de celebrar la suya antigua del intraymi. (269)

Para Acosta, el rito incaico es “superstición” y pretende denunciar que los indios intentan continuar en sus “errores,” pero subrepticamente. El jesuita comparte la actitud toledana de Molina, pero la lleva a un extremo mucho mayor que el cuzqueño al insistir en el carácter diabólico de las costumbres religiosas. Molina nos informa sobre las fiestas de los incas de la misma forma que defiende la tesis del carácter reciente de su conquista del imperio, o sea desapasionadamente; Acosta nos dice de forma tajante que la religión de los incas es obra del demonio y, por lo tanto, merece ser destruida.

A pesar de que usó a Acosta como fuente en varias ocasiones (Aranbar 113-15), sería difícil encontrar posición más contraria a la del jesuita toledano que la que revela el Inca Garcilaso de la Vega en el Libro VI de sus *Comentarios reales de los Incas*. Como católico creyente, el Inca Garcilaso tiene necesariamente que rechazar el culto pagano e idólatra de sus antepasados, pero no se refiere a él como superstición. Al contrario, la declaración de sus observaciones tiene como claro objetivo establecer una conexión de raíz tipológica—forma de pensar muy característica de la teología medieval—entre los antiguos señores del Perú y la fe cristiana para enfatizar que “Los Incas rastrearon el verdadero Dios Nuestro Señor.” Garcilaso comienza el capítulo XX del Libro VI de la siguiente forma:

Hacían esta fiesta al sol [Intip Raymi] en reconocimiento de tenerle y adorarle por sumo, solo y universal Dios, que con su luz y virtud criaba y sustentaba todas las cosas de la tierra. Y en reconocimiento de que era padre natural del primer Inca Manco Cápac y de la Coya Mama Ocllo Huaco y de todos los Reyes y de sus hijos y descendientes, enviados a la tierra para el beneficio universal de las gentes, por estas causas, como ellos dicen, era solemníssima esta fiesta. (46)

El Inca forja aquí una descripción de la genealogía de Manco Cápac que se asemeja en gran medida a la doctrina cristiana de Jesús como Hijo de Dios, e incluso se detiene en describir a los descendientes de ese rey como “enviados a la tierra para el beneficio universal de las

gentes.” Poco después, habla del ayuno que hacían los sacerdotes incaicos antes de sacrificar los corderos y carneros, creando otro paralelo entre Intip Raymi y el sacramento de la Eucaristía en donde también se ayuna antes de sacrificar de nuevo al Cordero de Dios. En el capítulo siguiente, Garcilaso lleva este paralelo aun más lejos al hablar del rito en sí, donde:

... el Rey se ponía de pie, quedando los demás de cuclillas, y, tomaba dos grandes vasos de oro Hacía esta ceremonia en nombre de su padre el Sol, y con el vaso de la mano derecha le convidaba a beber, que era lo que el Sol había de hacer, convidando el Inca a todos sus parientes, porque eso del darse de beber unos a otros era la mayor y más ordinaria demostración que ellos tenían del beneplácito del superior para con el inferior y de la amistad de un amigo con el otro. (48-9)

Entendemos que Garcilaso veía varios paralelos entre la religión de sus antepasados y su propia religión. Describe muchos detalles del Intip Raymi, destacando las semejanzas que tienen con la comunión. Más aún, les da una base teológica, describiendo la bondad con que el Inca, hijo de Dios, da de beber a sus parientes, así como Cristo dio de beber a sus discípulos en la Última Cena; e indicando luego en el capítulo XXIII que los malos agüeros significaban para el pueblo la ira de los dioses. En todo esto se muestra la fortísima base neoplatónica de Garcilaso. Leemos desde el capítulo XX que ve a la luz y la virtud como entrañablemente ligadas y que ambas fuerzas benéficas crean y sustentan todo lo vivo. Él cree que los habitantes del Perú prehispánico percibían esa conexión, como lo demuestra su culto al Sol, y por lo tanto tenían alguna idea de la unidad de todas cosas por ser reflejo de la bondad que mueve el Universo. Esto era vital para el autor, porque era intrínseco a su defensa de la civilización “antes destruida que conocida,” dentro de la cual se crió y que nunca menospreció.

Podemos concluir que Molina, Acosta y el Inca Garcilaso son todos creyentes, pero aun bajo esta rúbrica común los tres cronistas varían enormemente en cuanto a su intención al escribir. Molina el párroco refleja algo de su humilde empresa en su crónica; recopila detalles, traduce oraciones y se esmera en la reproducción de puntos geográficos en su narración de la fiesta Intip Raymi. Aun así, parece concordar en algunos aspectos su propia opinión de los incas con la de

Garcilaso. Acosta—siendo también miembro del grupo de escritores seleccionados por el Virrey Toledo para diseminar la idea de los Incas como reyes ilegítimos—va mucho más allá de Molina en atacar la religión incaica, tildando los ritos de Intip Raymi como diabólicos. Garcilaso el Inca también tiene su meta al discutir esta fiesta, pero es completamente diferente porque forma parte de la larguísima elegía al pueblo de su madre que son sus *Comentarios reales*. Quiere mostrar que los incas eran espirituales y una especie de cristianos por naturaleza, ya que podían percibir la bondad universal reflejada a través del sol. ¿Se podría hallar la inspiración de varias narraciones utópicas europeas en estos primeros escritos sobre el Perú? Posiblemente, pero las crónicas más bien reflejan el gran esfuerzo por entender la naturaleza de la Conquista de la región andina. Molina como un simple hecho y con algo de simpatía por el indio quien, gracias al español, es ahora cristiano; Acosta como gran empresa civilizadora y evangelizadora; y Garcilaso lo ve como una medida tomada para la total salvación del indio, pero no puede sino lamentar la destrucción que precedió la evangelización de quienes hubieran estado muy dispuestos a cristianizarse por su voluntad, gracias a su propia base espiritual intrínseca.

Nota

¹ Véase Means, 396, y Porras, 350. Mientras el erudito inglés insiste en que Molina era mestizo nacido en Cuzco, Porras comprueba muy claramente el origen peninsular del mismo.

Obras citadas

Acosta, P. José de. *Historia natural y moral de las Indias*. México: Fondo de Cultura Económica, 1940.

Aranibar, Carlos. "Algunos problemas heurísticos en las crónicas de los siglos XVI-XVII." *Nueva crónica* 1 (1963): 102-135.

Durand, José. "Garcilaso Inca jura decir verdad." *Crítica hispánica* 10 (1988): 159-170.

Garcilaso de la Vega, "El Inca." *Comentarios reales de los Incas*. Vol. 6. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976.

Means, Philip Ainsworth. *Biblioteca Andina*. New Haven: Connecticut Academy of Arts and Sciences, 1928.

Molina, Cristóbal de. *Relación de las fábulas y ritos de los Incas*. Colección de Libros y documentos referentes a la historia del Perú, Vol. I. Lima: Imprenta y Librería Sanmarti, 1916.

Porras Barrenechea, Raúl. *Los cronistas del Perú*. Lima: Sanmarti Impresores, 1962.